

había dado; las ponía en dos vasos que colocaba sobre la chimenea de Justino. Por la noche el maestro de escuela las encontraba á su vuelta, y había sentido una dulce emoción al mirar estas rosas que le recordaban que había alrededor de París una primavera de que no podía gozar.

También la hermana Celeste gozaba de estas sorpresas: dos ó tres veces, delante de la huérfana, había manifestado su deseo de tener un gatito, aunque no fuese más que para distraerla; una noche se sorprendió al ver salir de su lecho un gato blanco con una cinta azul al cuello. Esta vez, como siempre, era Mina la que había preparado esta sorpresa.

Todo el genio inventivo de la infancia se hallaba concentrado en la cabeza de la niña: se hubiese dicho que semejante al céfiro, no respiraba más que para animar la primavera y hacer florear en torno suyo las rosas y los jazmines.

Así, no se veía más que por ella, y su nombre resonaba de continuo en toda la casa, como una nota dulce y que agradaba á todo el mundo.

Si había que comprar algo, se referían á su gusto; si un partido que tomar, á su decisión; si un proyecto cualquiera que cumplir, á su voluntad.

Era soberana árbitra del pequeño Estado; gobernaba á sus vasallos con su buen sentido, su buen corazón y su alegría.

Así es que los tres sentían y reconocían la bienhechora influencia que esta niña ejercía sobre ellos; la muerte de uno de los miembros de la familia no hubiera causado tanto dolor á los dos que sobreviviesen, como la partida de aquella hospitalaria casa de la interesante huérfana.

Llamábanla el *ángel de la alegría*.

Un domingo, que había ido al bosque de Meudón con Mr. Muller y Justino, notó á algunos pasos de distancia sobre la rama de un árbol un nido de pajarillos. Con la idea de poseerle, se propuso probar al anciano preceptor y á Justino que era la cosa más fácil del mundo coger aquel nido; añadiendo que ella sabía subir á los árboles, y que si no se atrevían, estaba dispuesta á encararse al árbol.

Justino no retrocedía ante tan mediana ascensión pero le preocupaba una cosa; para subir á los árboles era preciso abrazar el tronco con los brazos y las rodillas, y la operación no podía llevarse á cabo más que con detrimento probable de su levita y pantalón.

Justino se rascaba la oreja y miraba el nido.

El buen profesor comprendió lo que preocupaba al joven; se quitó su sombrero, se arrimó al árbol, juntó las dos manos, é invitó á subir á su discípulo.

Este le pidió perdón por la libertad que se tomaba; se encaramó sobre sus hombros, alargó el brazo, cogió el nido, y le depositó en manos de la niña, que le recibió saltando de alegría.

Y es que hay en la infancia una fuerza tan irresistible, una voluntad tan imperiosa, que es absolutamente preciso obedecerla.

Añadamos que es cualidad de los ancianos ser más tolerantes con la infancia que los jóvenes, sin duda porque los jóvenes están más cerca y los viejos más lejos de esta dichosa edad.

Por lo demás, bien sabía Mina lo que se hacía al pedir con tanta instancia el nido de pajarillos; había encontrado, no se sabe dónde, en la cueva ó el granero una jaula

negra y empolvada, la había limpiado y lustrado, y quería utilizarla.

Llevó pues sus pajarillos sin contestar á Justino, que le decía que no sabía dónde ponerlos; y cinco minutos después de su entrada en la casa, dejó con aire de triunfo en la habitación del maestro de escuela su jaula reluciente, en la que se veían ya revolotear á los incautos prisioneros.

Esto le sugirió una idea, que ocupó largo tiempo su cerebro antes de manifestarse, y era la de hacer con la jaula de su hermano Justino lo que había hecho con la jaula de sus pajarillos.

Solamente que no se trataba de lavarla ni pulimentarla; era preciso cambiar de papel, las cortinas de las ventanas y las de la alcoba.

Para llevar á cabo este proyecto tardó un año; fingía toda clase de caprichos, y como Justino no sabía rehusarla nada; la daba unas veces diez sueldos para una cinta que no se compraba, otras veinte para un encaje que quedaba en la tienda; en fin de diez en diez y de veinte en veinte, reunió una suma de setenta francos, quince de los cuales se destinaron á comprar un papel de color perla con flores azules, para reemplazar el papel grasiento y húmedo que entristecía la vista, y los cincuenta y cinco restantes se emplearon en unas cortinas de muselina, que hechas por ella y por su hermana Celeste, á quien hizo entrar en el complot, sustituyeron á las cortinas de sarga verde.

La metamorfosis de la habitación se verificó en una noche, gracias á la complacencia del mercader de papel, que tenía á su hijo en la escuela de Justino, y que contribuyó al resultado, haciendo que cuatro obreros pegasen el papel á las paredes, en tanto que el joven hacía bailar á los dandys y coquetas de la barrera del Maine.

Cuando Justino entró, creyó estar soñando: quiso reñir, quejarse; Mina le presentó sus rosadas mejillas, y el joven estrechó á la niña contra su corazón.

Así es que de grado en grado, esta triste casa se rejuvenecía y alegraba, como sus habitantes se habían alegrado y rejuvenecido.

Cuando Mina llegó á este punto de influencia, declaró la guerra á los viejos libros de música religiosa, é hizo tanto, que Sebastián Bach, Palestrina y Haydn volvieron al armario condenados á perpetuo encierro. Para reemplazar á estos ilustres antepasados, que habían hecho las delicias de la juventud del maestro de escuela, Justino compró los fragmentos de una partición de ópera cómica.

Grande fué el asombro de Mr. Muller, cuando al entrar en la habitación de Justino le encontró estudiando los principales motivos de *Don Gulián*.

Pero la niña declaró, probablemente para satisfacer su antiguo rencor contra el violoncelo, que los aires más alegres le parecían lúgubres sobre este instrumento.

Pues bien, júzguese cuán dispuesto estaba el pobre maestro de escuela á satisfacer los caprichos de la niña; á pesar del cariño que tenía á su violoncelo, melancólico compañero de su melancólica vida, el poder tiránico que Mina ejercía sobre él llegó á tal punto, que se decidió á renunciar á este instrumento.

¡Ah! fué un día triste para Justino el día en que se vió precisado á encerrar su violoncelo en la prisión de madera á que estaba condenado.

Se dirá que le quedaban tres días de la semana para tocar el contrabajo en la barrera; pero esta música, que era para el anciano profesor música profana en grado superlativo, estaba lejos de parecerle una compensación

suficiente á lo que perdía renunciando á Haydn, Palestrina y Sebastián Bach.

Por otra parte, aunque sin decirle nada, Mina le daba la mejor razón del derecho que tenía para imponerle este sacrificio.

¿Qué era para él la música?

El consuelo de su fastidio.

¿Qué necesidad tenía de distraerse, puesto que ya no se fastidiaba? ¿Para qué quería ser consolado, si no estaba triste?

¿No era la niña la alegría personificada?

En fin, es justo decir que si las desgracias caminan siempre juntas, también es cierto que una dicha viene raramente sola.

Así, una noche de otoño, á la entrada de la clase, Justino abrió de par en par su puerta á la fortuna.

La caprichosa diosa había tomado la plácida figura de un notario de la calle de la Harpe.

Este notario se llamaba Jardy.

Tenía dos hijos, los cuales deseaban ardientemente ganar dos años en uno solo.

Como Justino estaba ocupado por la mañana y los dos jóvenes también, no había que pensar en las lecciones de día.

Por otra parte, Justino no podía renunciar á su clase.

Lo que convenía á estos dos jóvenes, eran lecciones de noche, tres por semana, y de dos horas cada una.

Con estas condiciones, Justino no podía menos de aceptar.

Tres veces á la semana hacía danzar en la barrera, y no pudiendo ya tocar el violoncelo en su aposento, á causa de la prohibición que subsistía, se había aficionado á esta

ocupación que le permitía estrechar aún de tiempo en tiempo el contrabajo contra su corazón.

Un contrabajo no es un violoncelo; la música de un bodegón no es ciertamente la música de Beethoven; pero está probado que no estamos en este mundo para ver brotar la flor perfumada de todos nuestros deseos.

Justino ofreció á Jardy las tres noches que tenía libres.

El notario no daba importancia á los días que habían de fijarse. Un notario de la calle de la Harpe no tiene palco ni en la ópera ni en los Italianos.

El digno tabelión ofrecía cincuenta francos al mes, y otros cincuenta al cabo del año, si sus dos hijos salían aprobados en sus exámenes.

Justino aceptó, obligándose mediante esta cantidad á hacer un milagro.

Se convino en que desde el día siguiente maese Jardy enviaría á sus dos hijos.

Lo que sobre todo había seducido al notario, era el aseo de la habitación de Justino.

Había repetido dos veces.

— ¡Qué bonito cuarto tenéis, señor Pedro Justino Corby!

En su calidad de notario, el magistrado de la calle de la Harpe no omitía ni uno solo de los nombres de aquellos con quienes hablaba.

— ¡Qué bonito cuarto tenéis! Será preciso que haga arreglar uno igual para Mad. Jardy.

¿Y quién había arreglado esta habitación tan encantadora que seducía hasta el notario? Mina, el ángel de la alegría.

Así es que cuando salió el notario, Justino, sin advertir que la niña estaba cerca de sus quince años, la tomó en sus brazos, y abrazándola estrechamente, la dijo.

— ; Tú eres mi buen genio, hija mía ! desde que tú has entrado aquí, la dicha se ha animado en la casa.

Y tenía razón en decir esto : esta niña era una verdadera hada, un verdadero genio con su varita mágica.

Se dirá : ¿ su varita mágica ? Hasta ahora no habéis hablado de semejante cosa.

Al contrario, lectores, al contrario ; no hemos hablado de otra cosa.

— ; Esta varita mágica es la juventud !

## CAPÍTULO VII.

### EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE ESTÍO.

Era una noche fresca y apacible. Los pájaros, que sin duda ahogados por el calor del día, se habían ocultado en sus palacios de follaje, comenzaban á hacer oír la voz de sus heraldos ; el ruiseñor cantaba la hermosa noche de estío, de las frescas brisas. Las mariposas de las tinieblas, tan grandes como pájaros, revoloteaban alrededor de los árboles, con innumerables enjambres de abejorros pequeños que parecían hijos degenerados de los abejorros del mes de Mayo ; las flores de las llanuras, impulsadas por el viento del Este, se balanceaban sobre sus tallos, pareciendo que se entregaban á una danza fantástica en honor del Dios que crió la luna y las estrellas, estos dulces y pálidos soles de la obscuridad. Las amapolas se enlazaban con los acianos, las margaritas con las violetas, la vellosilla con sus ojos de oro miraba amorosamente correr el arroyuelo.

Pájaros, mariposas y flores celebraban la fiesta de la naturaleza.

Sentado, ó más bien, recostado entre los trigos, un joven, con la cabeza apoyada en sus brazos cruzados, con los ojos levantados al cielo, parecía gozar con delicia de la serenidad inefable de esta noche de estío.

Sobre la frente de este joven estaban escritos con letras de fuego los puros encantos de una reciente felicidad ; se podía seguir sobre su rostro las huellas aún visibles de las alegrías de la vispera, ya amortiguadas ó borradas por la invasión triunfante de las alegrías del día siguiente. Se hubiera creído á primera vista que las arrugas de su frente eran el signo de una pena reciente ; pero un observador perspicaz había reconocido al momento que en estas arrugas germinaban los más verdes y frescos pensamientos de la juventud.

Este joven era nuestro maestro de escuela.

Apresurémonos á olvidar este nombre, que trae consigo un cortejo de ilusiones perdidas ; no, no era ya el maestro de escuela : no era ya el músico despertando el alma de su grave instrumento y forzándola á gemir por sus dolores ; no era ya aquel joven, viéjo antes de la edad, que hemos visto tan preocupado en medio de su triste familia. Era el pájaro de los campos, á quien la dicha había abierto al pasar la puerta de su jaula, y que saboreaba en el aire embalsamado de la noche los frutos apenas maduros de su libertad.

Era, en una palabra, el que llamábamos aún en nuestro anterior capítulo el *desgraciado Justino*.

Saludadle, amigos lectores, porque había hecho rápidos progresos en el camino de la dicha.

Como un viajero que se retrasa, pronto reconquistará el

tiempo y el camino que había perdido, dejando al correr detrás de sí los largos años de su aislamiento. ¡ Es tan corto el camino del infortunio á la dicha, que en seis meses pudo olvidar los pesares de toda su vida !

¿ Se había hecho rico repentinamente ? ¿ Había llegado de lejanas islas algún pariente desconocido, expresamente para llamarle *mi sobrino* é instituirle su heredero ? ¿ ó más bien el trabajo, este verdadero tío de América, que da siempre más de lo que se espera, le había creado este dulce bienestar ?

¿ No debía en este día y á esta hora, era un jueves, día de baile, no debía estar instalado con su instrumento entre las rodillas en la orquesta del bodegón, donde le hemos visto humildemente solicitar la plaza de contrabajo ?

¿ Qué hacía pues allí recostado en los trigos como un pastor de Virgilio, cuando su deber le llamaba á otra parte ?

No, su deber no le llamaba ya á la orquesta; sus dos discípulos habían salido ya triunfantes de la prueba, y las lecciones llovían de todas partes; de modo que había economías para comprar una casa, y hacía tres ó cuatro meses que el joven renunciara á formar parte de esta orquesta discordante donde la miseria le había empujado.

Estaba donde debía estar; en ninguna parte hubiera estado mejor. Este sitio que ocupaba sobre los lindes del campo, con la cabeza en los trigos, con los pies al borde del camino, en medio de una noche de estio iluminada por la luna, este sitio era el que ocupaba cinco años antes la encantadora niña que había transformado mágicamente la pobre casa del arrabal de Santiago, é inocente Medea, rejuvenecido á nuestro héroe; era la noche aniversario de su encuentro con Justino, y éste dirigía en este momento á

Dios sus acciones de gracias por el tesoro inapreciable que le había enviado

Era el mes de Junio de 1826; la niña se había hecho una hermosa y esbelta joven.

Acababa de cumplir los quince años.

Era una bella ondina, semejante á las que se miran en los arroyos formados por las ligeras cascadas que van á precipitarse en el Rhin. Tenía largos cabellos, rubios como el oro de las espigas, ojos azules y rasgados, mejillas de rosa, labios como las amapolas que temblaban sobre su cabeza al soplo virginal que se escapaba de su boca.

Se la hubiera creído hecha de todas las flores de los campos en que había pasado la noche cinco años antes; era un ramillete de flores vivo, fresco y perfumado.

Justino, por su parte, se había vuelto casi bello, ya hemos dicho que se necesitaba poco para esto; pasar, por ejemplo, por el mismo camino que la dicha.

La conciencia de su felicidad quitó á su triste semblante este triste aspecto melancólico que le era natural en otro tiempo, y no había conservado de su fisonomía de los días nefastos más que su dulzura y su distinción.

Un día se miró en un espejo, y no se había reconocido; ruborizóse encontrándose bello, y desde este tiempo, comprendiendo que su metamorfosis tenía origen en la belleza de Mina, tomó por su persona mil cuidados que le eran extraños hasta entonces.

Y había con qué embellecerse ciertamente, nada más que al contacto de tan adorable criatura.

Cuando iban á pasearse el domingo á las llanuras de Montrouge, era una pareja digna de contemplarse; él rubio, ella rubia; el brazo de la joven se enlazaba al brazo de Justino, y su cabeza tocaba casi con su hombro, como si

hubiera querido hacer de él un apoyo: era una armonía deliciosa, un duo encantador.

Se les veía pasar con este placer sencillo que se experimenta en seguir con la mirada á las personas ilustres ó dichosas; los que los tomaban por hermano y hermana, los admiraban; los que los tomaban por esposos, los envidiaban.

Tenían los dos un aspecto tan alegre, tan joven, tan bondadoso. Justino, desde que era dichoso, parecía que tenía veinticinco años; su juventud, de que se había aprovechado tan poco, de que había gozado tan mal, volvía á la edad en que le había dejado. Todos los niños corrían hacia ellos, y todos los pobres les tendían la mano, ya al uno, ya al otro.

Ya hemos contado, detalle por detalle, cómo Mina, de niña, se había hecho mujer; cómo Justino, de desgraciado, había llegado á ser dichoso; sigamos á los dos en su nueva vida.

La educación de la niña estaba hecha: música, dibujo, historia, literatura antigua y moderna, todo lo había aprendido. Era una joven llena de distinción, cuya inteligencia se había desarrollado en esta tierra fecunda que se llama familia: sus gustos eran sencillos como sus costumbres; su traje del domingo era símbolo de su alma, tenía su blancura inmaculada; y cerrada hasta entonces á los deseos, como el cáliz de una flor, esperaba para entreabrirse este sol de las jóvenes solteras que se llama el amor.

Era un alma casta en un cuerpo virgen.

En el corazón de Justino, como en una buena tierra que no se ha labrado nunca, acababa de brotar un amor joven y vigoroso, y sus ramas se elevaban ya hacia el cielo.

¿Cómo conoció Justino que estaba enamorado?

Por un dolor del alma, dolor tanto más agudo, cuanto que no estaba acostumbrado á sufrirlo.

Fué el jueves del Corpus que acababa de pasar. En esta época muchas calles de París, pero principalmente las de los grandes arrabales, estaban llenas de flores, que parecían tapices extendidos bajo los pies del sacerdote que llevaba el Santo Sacramento: las paredes estaban cubiertas de coladuras; el aire perfumado de incienso; las hojas de las rosas volaban por el espacio, lanzadas á manos llenas; las campanas de las diferentes parroquias tocaban á vuelo. Era un espectáculo encantador ver desfilar bajo el cielo radiante las jóvenes con velo blanco que seguían la procesión. En estos tiempos había aún sobre los techos de los arrabales, como si fueran nidos de golondrinas, multitud de jóvenes reclinados en las ventanas de sus buhardillas para ver desfilar el casto y blanco rebaño.

Mina formaba parte del cortejo; Justino, arrimado á las rejas del Val-de-Grace, la esperaba al paso.

El cortejo llegó.

Justino divisó pronto á la joven, que como la más alta y la más bella flor de un ramillete, dominaba á todas sus compañeras.

No tenía otro designio ni otro deseo que mirarla pasar; sin embargo, como si hubiera sido atraído fatalmente por aquella parte, levantó los ojos y vió á una ventana á un joven que devoraba con la vista á aquel grupo de cisnes.

¿Á quién miraba este joven? Parecióle á Justino que no había venido allí más que por Mina, y que no miraba más que á ella. El rostro de Justino se coloró vivamente, y desde este momento ya no dudó de lo que pasaba en su alma.

Una serpiente acababa de morderle en el corazón, ó más bien en el corazón de su corazón, como dice Hamlet.

¡ Está celoso !

Justino ocultó su rostro entre sus manos, como si temiera que al pasar la joven delante de él llegase á comprender la causa de su turbación.

De vuelta á su casa, se encerró en su habitación y permaneció en ella durante dos horas para interrogarse á sí mismo.

Si al cabo de dos horas no había comprendido enteramente el amor que le inspiraba la joven, si dudaba aún en nombrar el sentimiento de su corazón, iba á operarse en él una revolución que no debía dejarle duda alguna en el particular.

Por la noche, á eso de las diez, después de haber dado tregua á los últimos trabajos del día, bajó Mina, como de costumbre, para dar las buenas noches á Justino y tenderle su frente para recibir el beso fraternal.

Esta noche, cuando Mina entró en la habitación, el cuerpo del joven se estremeció de pies á cabeza, y una ráfaga de fuego pasó por su rostro, igual á la que corrió por la frente de la niña el día en que Justino la sorprendió con el arco en la mano.

Imprimió un ósculo sobre su frente, pero al besarla se quedó pálido; pálido como Mina el día en que cantaba en el oscuro patio, y en que sorprendida por Celeste había creído cometer una profanación, semejante á la que se comete hablando alto en una iglesia.

El beso que la dió le pareció impio, ilícito, lleno de concupiscencia; retrocedió aterrado, derribando su silla, y estuvo á punto de caer al suelo, cuando la joven, mirándole con ojos inquietos, le dijo:

— ¡ Oh, qué pálido estás esta noche, hermano Justino !  
¿ Qué tienes ? ¿ Estás malo ?

¡ Oh, si, estaba bien malo el pobre Justino !

Estaba herido en el corazón de un amor mortal.

Desde este día del Corpus, desde esta hora en que se había sentido celoso viendo una mirada atrevida fijarse sobre Mina, pareció extraño á todo el mundo, tenía de repente impetus irresistibles, que sorprendían á toda la familia; alegrías sin causa aparente, que les espantaban; después caía súbitamente en meditaciones sombrías y obstinadas.

El, á quien no se había oído nunca cantar, se puso un día á recorrer toda la escala musical.

Otro día se le había encontrado dando brincos por las calles, como un escolar en vacaciones.

En fin, se le veía encerrarse en su habitación durante las noches enteras sin que el menor ruido revelase su presencia; y cuando indiscretamente se miraba por el ojo de la cerradura, se le veía, tan pronto sentado é inmóvil como si estuviera petrificado, tan pronto paseando y gesticulando como si estuviera loco.

Estos síntomas, y otros aún más alarmantes, fueron observados por su hermana Celeste, y por su madre; aun ciega como estaba.

Las dos mujeres resolvieron contárselo todo al anciano profesor, que había llegado á ser el Calchas de las dos, al mismo tiempo que era el Mentor de Justino.

Mr. Muller, que desde hacia mucho tiempo había sorprendido el secreto del joven, tomó el partido de conferenciar con él.

Se encerraron pues una noche los dos, y como un médico experimentado que no tiene necesidad de tomar el pulso de su enfermo para apreciar la gravedad del mal, el buen Mr. Muller se dirigió sin rodeos al hecho, y llenó de

turbación á su discípulo, cuando apenas hubo cerrado la puerta, entabló la conversación de este modo.

— Justino, hijo mío, ¿tú estás locamente enamorado de Mina?

### CAPÍTULO VIII.

#### INFRAGANTI DELITO DE AMOR.

Justino quedó aterrado.

¡Con que este secreto, que había procurado ocultarse aun á sí mismo, lo había adivinado su viejo amigo! Y si él, que no habitaba en la casa, conocía el estado de su corazón, la madre, la hermana, y ¿quién sabe? la joven quizás también, estarían penetradas de lo que pasaba en su alma.

La certeza de que su secreto estaba descubierto le turbó y abatió de tal modo, que contestó á Mr. Muller con la apariencia de un culpable con la frente humillada y la lengua balbuciente:

— Es verdad.

El buen profesor le miró después y se encogió de hombros.

— ¡Vamos, dijo, levanta la cabeza!

Justino levantó su cabeza sumiso y ruboroso como un niño.

— Mirame, continuó Mr. Muller.

Justino le miró, y contestó balbuceando:

— Mi querido maestro...

— ¡Y bien! mi querido discípulo, replicó éste, ¿qué tiene de particular que estés enamorado?

— Es que...

— ¿Por qué no habías de estar enamorado? ¿Ó quieres que sea yo? Vamos, vamos, no hagas el tonto por más tiempo. ¿Qué es lo que te apesadumbra en este amor, y por qué haces de él un misterio? ¿No estás acaso en edad de amar? ¿Podrías encontrar en el mundo entero un objeto más digno de tu amor? ¡Ama pues sin cuidado, hijo mío! ¡Ama como has trabajado, ama con honor, con pasión, con locura, si puedes! ¿Dicen que es tan hermoso el amar?

— Pues qué, ¿vos no habéis amado?

— Yo no he tenido nunca tiempo para eso... Hay mil cosas que tú ignoras, y que el amor te explicará, según tengo entendido. Con el trabajo y el amor, todo se ilumina alrededor nuestro y para nosotros; se trabaja y se hace uno fuerte, se ama y se hace uno bueno.

Pero Justino, á pesar de las palabras paternales de su anciano amigo, hizo un movimiento de cabeza y no contestó.

— Veamos, dijo el profesor con el tono de la más profunda ternura y cogiéndole las manos, ¿qué te impide hablar? ¿Qué te detiene? ¿Á quién sino á mi debes confiar las primeras alegrías de tu corazón? ¿No hemos llorado y sufrido juntos por harto tiempo? ¿Ó creerás encontrar un corazón más simpático que el mío, ó un oído más atento? Quizás no ves claro todavía en tu corazón: en este caso, desembrollemos la cuestión y retrocedamos diez años. ¿Te acuerdas de nuestros paseos en el parque de Versalles? Paseábamos por la noche mirando al cielo, y te haré notar que siempre se mira al cielo cuando se desea ó se teme alguna cosa; paseábamos pues mirando al cielo y cogidos de las manos. Un día me preguntaste: ¿si yo me extraviase en este bosque, cómo encontraría mi camino? Y yo te

contesté : pierde cuidado, que nunca te extraviarás conmigo. Pues bien : lo mismo sucede hoy. Vamos, dame esa mano y caminemos juntos. ¿ No se parece en algo el corazón á ese enmarañado bosque por donde caminábamos en medio de la obscuridad ? ; Tú te has perdido : dame la mano, y los dos encontraremos el sendero !

Justino abrazó á su anciano profesor, y sus ojos se inundaron de lágrimas.

— ¡ Lloro, hijo mio, llora ! dijo el bondadoso anciano ; la alegría ó el dolor hacen siempre llorar, las lágrimas refrescan el corazón, como las lluvias de estío los días tempestuosos del mes de Agosto ; pero después que hayas llorado, regocíjate y hablemos de tus esperanzas.

— ¡ Oh mi buen maestro, mi maestro querido !

— Vamos, ¿ qué ?

— Y si ella no me amase ?

— ¿ Estás loco ? le dijo Mr. Muller. ¿ Y por qué no había de amarte ? Á su edad es cuando el corazón canta su primer romanza : ¿ por qué el suyo no había de cantarla por ti, hijo mio ?

— ¿ De modo, mi querido Mr. Müller, preguntó el joven que vos creéis que ella me ama ?

— Estoy seguro de ello, tan seguro como de que eres un hombre honrado, bastante sencillo para dudar de esta verdad.

— Pero es que nunca se lo he preguntado.

— ¡ Y has hecho muy bien ! ; Se preguntan acaso esas cosas ? ; Por ventura nosotros que somos amigos, tenemos necesidad de decirnos el uno al otro que nos estimamos mutuamente ?

¿ No se conoce esto á la legua ?

— Sí, decís bien, amigo mio ; ; ella me ama !

— ¡ Ya lo creo que si ! sería hacerla una injuria pensar otra cosa.

— ¡ Oh ! mi bueno y venerado maestro, ; si supiéseis cuán dichoso me hace esta seguridad de parte vuestra ! ; si supiéseis cuán otro me encuentro de lo que era hace un instante ! ; Mi ser se ha regenerado ! Yo soy ahora, por decirlo así, más querido á mí mismo ; yo tengo de mi persona, y esto no se lo diré á nadie, una opinión enteramente distinta de la que he tenido hasta aquí. Siento más amor propio desde que me creo amado.

Y en efecto, es así. ¿ Recordáis vuestro primer amor, vosotros que me leéis ? ; No os ha parecido que experimentabais alguna cosa de más tierno por vos mismo, después de la primera declaración de una mujer ? ; No os ha parecido que érais otro que vos mismo, ó mejor aún, que estabais más que nunca en toda la plenitud de vuestro ser ?

Y es que la conciencia de la dicha nos vuelve orgullosos : ; pero cuán expansivo es el orgullo que se experimenta ! ; quisiera tener entonces flores á millares para arrojarlas á manos llenas sobre la cabeza de todos los hombres !

Los dos amigos hablaron largo rato ; el joven ardoroso é impaciente, el anciano rejuveneciéndose al fuego del amor.

Y sin embargo, algunas veces los destellos de alegría que lanzaban los ojos del joven, eran velados por las nubes que pasaban sobre su frente.

Durante uno de estos eclipses :

— ¡ Ah ! dijo, pronto cumpliré treinta años : ella tiene apenas diez y seis ; casi podría ser su padre. ¿ No teméis, amigo mio, que tomemos su piedad filial, su fraternal ternura por amor verdadero ?

— En primer lugar, contestó el anciano, tú no tienes aún treinta años, si mi memoria no me engaña; y aun cuando tuvieses treinta cumplidos, no representas más de veinticinco; tus hermosos cabellos rubios te quitan diez años lo menos; y en segundo, no debes asustarte de tu edad, pues no eres ningún viejo; deja llegar á Mina á sus diez y seis años, y luego goza de tu amor sin temor y sin vergüenza. Tú eres digno de ella, hijo mío, por tu ejemplar virtud.

Y el anciano abrazó á Justino, como si hubiera sido efectivamente su hijo.

Quedó convenido entre los dos amigos que en atención á que Mina no tenía más que quince años, no se hablaría del asunto por entonces ni á la madre, ni á la hermana, ni á la joven.

La madre y la hermana tendrían á cargo de conciencia guardar este secreto, y repugnaba á los dos amigos despertar en el alma cándida de la joven esos deseos que agitaban la de Justino.

¡ Se prometieron únicamente que hablarían los dos entre sí, y con la mayor frecuencia posible !

Así, ¡ con qué precaución cerraban la puerta de miedo que el secreto, semejante á un perfume, se escapase de la misteriosa alcoba y subiese á los aposentos donde se hallaban las mujeres !

Las noches en que el anciano venía, todo iba bien; á las diez, hora en que invariablemente se acostaban, en el primer piso, se separaban de las mujeres, y más de una noche Mr. Muller se notó de que se había estado hasta las doce, escuchando por la centésima vez el relato de las impresiones amorosas del joven.

Pero cuando no estaba allí el buen profesor, ¿ con quién

podía hablar de ella Justino? ¿ Con quién podía repartir los tesoros de su alegría íntima ?

¡ Oh ! ¡ si se hubiera atrevido á conversar con su violoncelo !

Algunas veces sacaba á este amigo, mudo hacia tanto tiempo, no solamante de su armario, sino también de su caja, le oprimía contra su corazón, le estrechaba entre sus rodillas, deslizaba suavemente sus dedos por el mástil, y pasaba silenciosamente por las cuerdas el arco suspendido.

Entonces sonreía, porque con el oído de la imaginación comprendía todo lo que le habría dicho el violoncelo si le hubiera sido permitido hablar.

Otras veces, no le bastaba este diálogo mudo; entonces, en las hermosas noches del estío, salía dulcemente, descorria el cerrojo de la puerta de la calle, llegaba hasta la barrera, y ávido de ruido, de soledad y de movimiento, se internaba en los campos, recitando á la brisa, la nocturna amiga del amor y de la desgracia, las más bellas estrofas de los poetas griegos y latinos que han cantado el amor.

En una de estas noches, aniversario de su encuentro con la joven, es cuando había ido á tenderse en medio de los trigos y de las amapolas, entre las cuales le hemos descubierto al principio del capítulo precedente.

Esta noche era una solemnidad, una noche de fiesta; no estaba allí, ya lo hemos dicho, más que para dar gracias al Señor por el ángel que le había enviado.

Así, después de haber pasado una hora ó dos en los campos, serian las nueve y media, cuando le asaltó la idea de que tendría aún tiempo de volver á su casa, para dar las buenas noches á Mina antes de que estuviese acostada.

En consecuencia, se puso á correr por el campo, para llegar oportunamente.

Á la puerta de su casa encontró un pilluelo de unos doce años que le esperaba; uno de estos niños de París, cuyo retrato debía hacer tres años después Barbier, el gran poeta de 1850.

El niño le detuvo.

— Caballero, le dijo, aquí tenéis vuestro pañuelo que habéis perdido.

— ¡Cómo! ¿mi pañuelo?

— Sí, se cayó de vuestro bolsillo cuando salisteis hace dos horas.

— ¿Y tú le has encontrado?

— Sí.

— ¿Por qué no me le devolviste al instante?

— Yo no estaba seguro de que fuese vuestro; pasaba mucha gente al mismo tiempo. Yo grité:

— ¡Eh! ¿quién ha perdido su pañuelo? Y me dijeron: — ¡Toma, es del señor que va por allí! Estabais ya á un cuarto de legua de distancia. — Bueno, dije yo, prefiero esperarle á correr tras él. — ¿Volverá ese caballero? — Ciertamente que sí. — ¿Dónde vive? — Vive aquí. — ¿Quién es? — El enamorado de la huerfanita. — ¿Y la niña dónde habita? — En su misma casa. — ¡Ah! bueno: si está enamorado de la huerfanita, y la huerfanita vive con él, no tardará en volver. Y os he esperado; he hecho bien, puesto que estáis aquí. Y... vamos, ¿no tomáis vuestro pañuelo?

— Sí, sí, dijo Justino, y toma por el hallazgo.

Y dió diez sueldos al niño.

— ¡Bueno! una pieza blanca, dijo éste, voy á cambiarla: la vieja la tomaría entera; mejor es darla cinco sueldos, y yo me quedaré con los otros cinco.

El niño dió algunos pasos en tanto que Justino, pen-

sativo, introducía con mano temblorosa la llave en la cerradura; pero volviéndose de repente:

— Decid, caballero, preguntó el niño tirándole de la levita.

— ¿Qué quieres?

— Si queréis saber si ella os ama...

— ¿Quién?...

— La niña de quien estáis enamorado.

Vamos, ¿y qué?

— Es preciso que os veáis con la vieja que vive en la calle Triperet, número 11. No importa que olvidéis el número, la conocen en toda la calle; preguntad por la Brocante, y todo el mundo os enseñará su habitación.

Pero Justino no escuchaba ya; abrió la puerta y la cerró precipitadamente, dejando al chicuelo, que fué á cambiar la pieza de diez sueldos en la tienda del especiero que se hallaba enfrente.

Después tomó el camino de la calle Triperet.

En cuanto á Justino, en lugar de subir al aposento de las mujeres y de acabar la noche en familia, entró en su habitación, se encerró, se echó sobre una silla y permaneció inmóvil, lleno de los más sombríos presentimientos.

Su amor era conocido; su secreto estaba en manos de todo el mundo.

Era para todo el arrabal de Santiago el *¡enamorado de la huerfanita!*